

# **LA IMPORTANCIA DEL LENGUAJE EN EL MODERNO SENTIDO DE LA IDENTIDAD SOCIAL**

*Rafael Baliñas Pérez*  
Santiago de Compostela

## **1- EL DESARROLLO DEL MODERNO SENTIDO SOCIO-POLÍTICO DE IDENTIDAD**

**Hegel y Nietzsche como iniciadores del moderno sentido de identidad en el plano filosófico**

El moderno sentido de identidad conoce su eclosión actual a través de una revisión de dos fuentes curiosamente apartadas entre sí.

De una parte Hegel recupera la reflexión de este concepto que parecía patrimonio de la red nomológica del tronco del empirismo con Hume como último gran adalid, para rescatar el término del punto muerto en que se hallaba a través de una clarificación taxonómica. Hegel rehará una distinción ya perfilada con anterioridad, pero jamás profundizada entre identidad puramente abstracta e identidad de la razón. Realmente, y la brevedad nos puede llevar a una cierta simplificación, Hegel sólo pretendió en ese momento deshacerse de una cierta ambigüedad apartando el término lógico de identidad de su uso extendido al campo gnoseontológico.

En verdad es este principio el que, en los años sesenta de nuestro siglo, servirá de base para la actualización de dicho concepto en el terreno primero sociológico y luego político. Y no su doble continuación en el siempre coherente sistema hegeliano por una parte hacia una justificación más del progreso de la indeterminación hacia la determinación, o sea lo Absoluto, que es en este punto de la dinámica del Espíritu, sinónimo absoluto de la Identidad

Determinada y por otra a la revisión de la terminología aristotélica para generar una nueva lógica que parte de la atrevida idea de la Identidad como naturalmente escindida por la esencial contradicción previa a cualquier otro sentido para el intelecto humano, y de hecho, si lo pensamos un poco, al propio ser del fenómeno.

Esta última aclaración es importante no por sí sino por el corriente error de presuponer a la sociología estructuralista alemana como seguidora de Hegel en este largo camino teórico que simplemente no tenía cabida en su enfoque de la cuestión de la cohesión social.<sup>1</sup>

La segunda fuente es si cabe más casual aún. Si bien ya en los años veinte era común señalar dentro del aporte teórico de la filosofía nietzschiana la idea de que en el plano vital no es posible identidad alguna, sólo Heidegger casi en el papel de hermeneuta volcó el acento en la consecuencia meridiana de que para Nietzsche no se puede verificar objetivamente la identidad, sino que el pensamiento humano la crea siempre con el fin de simplificar. Siempre es difícil fijar el sentido de una categoría en un autor que por principio desprecia las categorías como es el caso de Nietzsche, pero vale la pena señalar que, bien por un propósito del propio Nietzsche o bien por una interpretación enriquecedora, cuando la sociología retome esta categoría lo hará siguiendo coherentemente esta presuposición para entender la Identidad como una determinación intersubjetiva que toma su verdad de la creencia en ella. O dicho de un modo más simple; se da identidad social siempre que los propios miembros de la sociedad se sientan identificados entre sí.<sup>2</sup>

---

<sup>1</sup> Sería un tanto engañoso concretar referencias textuales determinadas de la obra de Hegel para este concepto. Quien desee ampliar o cotejar lo expuesto sobre el concepto de Identidad hegeliano deberá consultar los siguientes momentos en el desarrollo de la obra de Hegel: a) en la "Ciencia de la Lógica" en la parte de la esencia, la categoría de "esencia" cuando trata su segunda dimensión (esencialidad-identidad-diferencia-contradicción)/ b) en la "Fenomenología del Espíritu" el final de la primera parte y más concretamente cuando se adentra en la psicología (espíritu teórico) y toda la parte dedicada a la "eticidad" tanto en la sociedad civil como en el estado.

<sup>2</sup> Volviendo a aclarar que no sé con certeza si lo que defiendo pertenece a Nietzsche o es el sentido que se le dio con posterioridad, de un modo muy simbólico podemos encontrarlo en "El gay saber" (traducción de Espasa-Calpe) primera parte, escrito 54 y su fundamento en el escrito 110. Por supuesto, y dado el carácter de la obra de este autor, se halla en gran parte de sus libros de un modo u otro. Esta nota solo tiene propósito referencial.

Y de aquí arranca precisamente el sentido de esta costosa introducción histórica. El concepto de identidad colectiva en el plano sociopolítico partirá hacia su desarrollo a lo largo de la segunda mitad del siglo veinte con la característica hegeliana de su separación del plano lógico (que insisto en Hegel no existe) y con la limitación nietzscheana del sentimiento. La identidad sólo existe porque los sujetos sienten la identidad no porque efectivamente se dé, cosa para Nietzsche del todo imposible, fuera de una reducción biologicista que por supuesto él no acepta sino como una “alevosa mentira”.

### **La concreción del moderno sentido de identidad en la sociología y Teoría Política del siglo XX**

Nos topamos así con un moderno concepto de Identidad en el nivel sociopolítico que aparece primeramente como absolutamente subjetivo. Se da una identidad entre grupos humanos porque los componentes se sienten, que no son, sino que se sienten se ha de insistir en ello, idénticos, o sea, identificados los unos con los otros. La diferencia asoma ya aquí, pero a fin de no entrar en confusiones, no entraré a tratar esta otra categoría sino más tarde. De momento quedémonos con la idea de un problema que el pensamiento finisecular pretende resolver. ¿De donde emana este sentido de identidad colectiva? Básicamente dos líneas de pensamiento con mucha frecuencia no opuestas han ensayado la respuesta.

Una primera corriente da una explicación inmanentista. Los individuos se sienten mutuamente identificados dentro de los grupos sociales porque han sido contruidos de un modo parejo a fin de preservar la cohesión social.

Si bien no arranca de él, Luckmann será, por la coherencia de su defensa y la popularidad de sus trabajos, el verdadero iniciador de esta corriente por la que se han inclinado sobre todo las ciencias humanas. Así según Luckmann el individuo inicia, al mismo tiempo y de modo inseparable, su construcción personal y su construcción social. La finalidad política de la cohesión social lleva a las sociedades avanzadas a tutelar y velar por un eficaz sistema de interiorización (socialización primaria) de unos esquemas de sentido de la realidad (construcción social de la realidad) dentro de los cuales ocupa un lugar muy importante el sentimiento de identidad. Así cuando el individuo alcanza su madurez no es en realidad tal, pues merced a este proceso escalonado de determinación alcanza una paridad con sus semejantes que

le permite concluir a este autor en una identidad colectiva preservada y al mismo tiempo ratificada en el Todo Social.<sup>3</sup>

El sentimiento de identidad colectiva es ratificado de un modo complementario por la escuela de Paseron a través de otra fuente dentro de esta línea. Así la necesidad de las instancias organizativas del Estado, rehuyo aquí del concepto de poder, pues nos podría llevar a cierta confusión dado que Bourdieu ha repensado este concepto de modo que su uso es diverso al nuestro, conduce a unos mecanismos de autorreproducción, muy al modo de la moderna teoría de sistemas, en los que la propia organización de los mecanismos de dirección social se impone a los individuos de modo que estos, no pudiendo escapar a la lógica misma en la que se ven organizados, acaban creándose una equívoca idea de identidad colectiva que les funciona sólo en cuanto a la dimensión vital de sus relaciones dentro del poder de estas organizaciones, pero que se les enfrenta en su dimensión social fuera de la sombra de dichas organizaciones.<sup>4</sup> En la explicación de J. Clifford: el sentimiento de identidad sirve de amparo para los individuos cuando sus relaciones se ven mediadas por las estructuras organizativas del poder político, pero en cambio es una amenaza para el individuo cuando se siente en oposición a la organización que se le pretende imponer.<sup>5</sup>

Finalmente, el actual cabo de esta línea viene representado por el arbitrariamente llamado pensamiento posmoderno, que en virtud de una realidad crecientemente influida por la razón instrumental ve la identidad social definida por la llegada de la humanidad a un estado de comunicación cualitativamente distinto al de otras épocas que opera disolviendo las diferencias de modo que crea una identidad colectiva más como una necesidad de adapta-

---

<sup>3</sup> Señalo sólo aquí un principio básico del pensamiento de este autor. Por comodidad recomiendo la exposición que se lee en la obra "La construcción social de la realidad" (ed. Amorrotu) que escribió con P. Berger. Aprovecho esta nota para explicar que dejo al margen a P.L. Berger porque en sus últimas obras parece desmarcarse la postura que aquí he expuesto. Véase como ejemplo "Los límites de la cohesión social" P. Berger y otros. Galaxia Gutenberg-Círculo de lectores ed. 1999.

<sup>4</sup> Por no adentrarme en disquisiciones intelectuales, señalaré brevemente que no hay una "escuela de Bordieu" como tal. Aglutino en esta parte de mi trabajo a todos aquellos que defienden las tesis que he expuesto, pero no quiero entrar a señalar su paternidad de estas ideas señalando uno en concreto.

<sup>5</sup> Jonathan Clifford, "The Philosophy of Social Sciences". Blackgate. Londres, 1986 pp. 23-25.

ción a la nueva época que como un fin en sí. Identidad “débil” que permite abogar por racionalidades mezquinas que a modo casi folclórico perviven para esta escuela como el derecho a la diferencia de las distintas culturas. Una diferencia que en este pensamiento conlleva unas consecuencias prácticas muy difusas. O será que este modesto estudioso no acaba de entender esas vaguedades.<sup>6</sup>

En todo caso, ya sea porque los individuos construyen la realidad de un mismo modo dentro de su sociedad, ya sea porque los individuos acoplan su pensamiento a la lógica de las organizaciones del poder de su sociedad, o porque se adaptan de idéntico modo ante una Razón que les impone una nueva realidad, esta línea de pensamiento ve fundada la identidad en instancias que le son propias a los individuos.

Con independencia de la visión crítica que podamos hacer a esta línea de pensamiento, se ha de convenir que en cualquiera de sus determinaciones, que aquí apenas si se han esbozado, conoce un creciente éxito que se ratifica en la naturalidad con la que se ha extendido en el panorama intelectual contemporáneo. Así vemos que es naturalmente asumida en campos del pensamiento tan lejanos como la Teoría de la ciencia o la Teoría Ética por autores de creciente prestigio como Steve Woolgar (ligado a Bruno Latour) o Ernst Tugendhat.<sup>7</sup> Y con pareja naturalidad acaba en el reconocimiento en el plano político y en definitiva en el plano del conocimiento convencional de un sentido de la identidad bien dispar al que por origen y tradición le otorgamos. Así hablamos merced a la actuación de este largo entramado de la reflexión sobre la identidad, de este término con el siguiente sentido: “conciencia que tiene un individuo de su pertenencia a un plano físico o social que se ve reforzada por una significación emocional o valorativa”<sup>8</sup>

Y este planteamiento nos abre la posibilidad de iniciar el desarrollo de la segunda línea heredera de la renovación decimonónica de este concepto.

---

<sup>6</sup> La brevedad que se me pide en este escrito me obliga a pasar por este aspecto de un modo casi anecdótico. La génesis del planteamiento puede encontrarse en “Sul Posmoderno” G. Patella (Edizioni Studium 1990).

<sup>7</sup> “Lecciones de Ética” E. Tugendhat / S. Woolgar “Ciencia: abriendo la caja negra” (Ed. Anthropos 1991).

<sup>8</sup> No piensen que esta cita proviene de rebuscados textos fuera del alcance del lector. El éxito se ve ratificado en este dato. La cita es de uno de los sentidos que al término le da la Enciclopedia Larousse en su versión multimedia.

Pues si hay una conciencia de pertenencia debe de haber algo a lo que se pertenece. Así es natural que muchos pensadores hayan abordado el problema de la identidad buscando la génesis de este en un elemento externo al individuo mismo; hay algo que nos da la identidad. Así buena parte del discurso nacionalista de la segunda mitad del siglo veinte buscando escapar a la mortífera coherencia del discurso nacionalista de la primera mitad del siglo XX, buscando en definitiva planteamientos alejados de aquellos de los fascismos o del marxismo estalinista, forjó un nuevo discurso sobre la identidad en el plano social. Se pretendió superar la idea de una historia unificadora que forja un espíritu al que pertenecen determinados individuos, quienes en virtud de esta pertenencia son identificados, es decir, son constatados como idénticos. El problema de este planteamiento es, en estos tiempos, obvio; la identificación debe ser tanto externa como interna (los judíos alemanes ni se planteaban en su mayoría la menor duda sobre su pertenencia al pueblo alemán). Dicho de otra manera, este concepto de identidad no es natural, requiere de un garante externo que lo confirme, lo que se presta en la práctica a abundantísimas contaminaciones que en la historia podemos hallar con harta frecuencia.

En definitiva, el inicio de un nuevo programa teórico justificativo del nacionalismo, parecía iniciarse con la pretensión de liquidar los famosos factores externos que configuran una identidad nacional y que conocemos comúnmente asociados a Fichte y a Aristóteles: unidad racial, territorio naturalmente delimitado, lengua común... etc.

De esta primera época tenemos constancia en autores tan distintos como Sartre quien en ese dilema entre la radical individualidad que genera la existencia y la necesidad de una ética pública tendrá lógicamente que buscar elementos externos al propio ser existente para explicar sino una identidad cuanto menos una concordancia entre individuos de una misma sociedad; de ahí arrancara la cultura como comprometedora moral, la nación como unidad entre sujetos encerrados en unos parejos dilemas que la realidad política les genera. Jaspers será otro representante de esta reinstauración de un nacionalismo aglutinador. Tecnología, cultura y modos sociales son factores reunificantes que promueven ante la necesidad de una respuesta común a los pro-

blemas de los nuevos tiempos un sentimiento de identificación en las sociedades avanzadas, que, si bien no está aún realizado, es deseable.<sup>9</sup>

En definitiva, hay en ambos autores el surgimiento de un nuevo nacionalismo que si bien inhibe cuidadosamente la idea de identidad, no deja de propugnarlo a través de la necesidad de unas nuevas comunidades humanas que frente a los problemas mundiales deben adquirir una identidad colectiva; que después el primero escoja como apoyo una línea marxista y el otro una línea muy cercana al liberalismo norteamericano va a ser secundario.

Sin embargo, en el pensamiento político de la década de los años cincuenta este programa de alejamiento del nacionalismo de todo factor basado en una serie de motivos extrínsecos que configuran al individuo como idéntico a sus connacionales va a romperse ante la descolonización. El problema del pensamiento político occidental ante la descolonización es novedoso. Jamás antes se había visto en la necesidad de definir otra nacionalidad que no fuera la propia o la del enemigo. Aquí se requiere fijar la identidad colectiva de “ellos” y no ya la de “nosotros” o “los opuestos a nosotros”. Se produce pues una recuperación de estos factores externos que configuran la identidad nacional, mas esta recuperación es tímida: lengua, raza o territorio son raramente usados y cuando se hacen presentes en el discurso es con cautela y muchas acotaciones y justificaciones... a pesar de que sean las causas más evidentes de diferencia entre “ellos” y “nosotros”. Y es que la sombra de Hitler es alargada y llega, por supuesto, a estas décadas. Realmente estos factores van a tener una presencia difícil de capturar. Podemos decir que el pensamiento político se interesó por la identidad a través de caminos tan retorcidos como el relativismo ético o el cultural que nos hablan de respeto y aceptación sin minusvaloración de otros modos de ser, pero sin concretar cuales son estos factores extrínsecos que crean ese sentimiento de identidad colectiva distinto al nuestro.

---

<sup>9</sup> Estos dos filósofos existencialistas coinciden más en su planteamiento de lo que puede parecer a primera vista. En su germen la problemática de la identidad está bien indicada en un clásico: “Las doctrinas existencialistas” R. Jolivet (Ed. Gredos). Jaspers refleja la doctrina expuesta después de la segunda gran guerra en varias obras. De un modo completo en “La bomba atómica y el futuro de la humanidad” (Ed, Fabril 1961) y más sencillamente en un pequeño e interesante escrito “La bomba atómica y el futuro del hombre” (Ed. Taurus 1958).

Sin embargo, la polémica del nacionalismo generará por nuevos avatares históricos la necesidad de generar una nueva justificación de la identidad colectiva. Caducos ya factores como la unidad territorial y problemáticos otros como la lengua, otra vez se apela a la historia, pero dotada ahora de una nueva carga. Ese tiempo transcurrido “juntos” que ha consolidado la identidad es revestido ahora de otro contenido. Así la moderna identidad es causada por una historia común no ya plena de héroes y malvados o de grandes acontecimientos que marcan de modo imborrable a quienes lo vivieron haciéndolos, si no idénticos ya directamente, sí similares. No, ahora la identidad se configura históricamente sobre la base de una cultura comúnmente construida, a una vivencia de vicisitudes económicas parejas y a unas costumbres que no son ya el "folk" sino una moral en sí mismas.

### **El lenguaje como nuevo garante de la identidad social**

Aparentemente, pues, el moderno sentido de identidad que Nietzsche y Hegel habían provocado ha dado lugar en el pensamiento de la segunda mitad del siglo XX a dos líneas muy distintas: la una más bien sociológica que parece explicar el sentimiento de identidad por motivos intrínsecos, la otra más aferrada a las vicisitudes de nuestra época que parece explicar la identidad a través de una serie de factores externos que tallan a los hombres de modo que estos se sienten idénticos.

Sin embargo esta divergencia desde un concepto idéntico es artificial por cuanto ambas líneas se unen en comunes bases teóricas de las que una resulta claramente fundamental: el lenguaje.

Ciertamente, F. de Saussure<sup>10</sup> deja bien sentado el carácter universal del lenguaje. Frente a ello la lengua pertenece a una colectividad, bien podemos decir a un grupo humano. El habla es propia de la individualidad. Si bien el desarrollo de la lingüística desde esta base ha matizado este sencillo constructo, lo cierto es que fundamentalmente sigue vigente. Dejando a un lado muchas acotaciones quizá necesarias, parece haber un acuerdo fundamental en el esencial atributo del lenguaje; es cualidad intrínseca al ser humano y al tiempo, con la sensibilidad, el primer elemento extrínseco de conformación del ser humano. Sin ánimo de adentrar el desarrollo de esta comunicación por una línea psicologista sí es conveniente hacer una precisión previa a la

---

<sup>10</sup> En lo referente a Saussure, y dado que la lingüística no es mi campo, me he apoyado en “Saussure: presentación y textos” (Ed. Anagrama 1971).

continuación de mi trabajo. Creer que la lengua es la cara social del lenguaje es una peligrosa simplificación. En primer lugar supone arrojar al lenguaje a las mazmorras del intelecto, equiparándola con cualquier otra facultad psíquica y en segundo lugar supone dejar a la lengua como la representación objetiva del lenguaje, lo que evidentemente no puede ser pues le restaría su fundamento como resultante de decisiones, podríamos decir para no desvincular ninguna escuela lingüística, de decisiones provenientes del orden epistemológico.

Hecha esta puntualización podemos entrar ya en la importancia del lenguaje dentro de ambas tendencias reconstructoras del concepto de identidad.

Por una parte, la línea que considera la identidad como devenida de un fundamento intrínseco a aquellos que se identifican en la identidad, considera el lenguaje como la clave de su inmanentismo. Es el lenguaje lo que permite que elementos aparentemente extrínsecos como las instituciones, el poder, la razón instrumental o la razón comunicativa no puedan ser en definitiva externos al hombre. La lengua responderá de las concreciones que estos elementos generen, pero sólo el lenguaje explica la posibilidad universal de la identidad. Dicho desde una dimensión sociológica: cada sociedad se ampara en el fundamento de la identidad, pero que esta creencia sea universal sólo es explicable por medio del lenguaje que permite la conformación de la que parte el sentimiento de identidad.

Por otra parte, la línea que reexplica la identidad como proveniente de una serie de factores extrínsecos, incluso objetivables que ineludiblemente obligan al individuo a presentar las mismas propiedades no puede dejar a la lengua la responsabilidad de dicho fenómeno. La lengua tendrá poder de aglutinar o vincular a determinados individuos, mas no puede explicar la identidad, pues para que esta se produzca no llegan unos similares esquemas en el orden epistemológico. La lengua avala, en el campo de la sociología, como mucho, parejas formas de pensar y por ello de actuar, pero no permite la identidad. Si esto fuera así, sencillamente no cabría el habla. Precisamente el habla surge del límite del poder de la lengua. Pues bien, si en el terreno de la comunicación la lengua no es capaz de avalar una identidad entre los hablantes, por supuesto no podrá avalarla en la dimensión de lo social. De ahí que, en último término, sólo el lenguaje se alce como la posibilidad que estos factores tienen de crear en el pensamiento de los individuos la identidad social.

Dicho sea en términos más propios del pensamiento político; la lengua es responsable de un modo de pensar y por ello de entender la realidad que le es propia a su comunidad de hablantes y que por ello les lleva, conjuntando otros factores, a la identidad. Pero la posibilidad de la identidad social, sea cual sea su concreción, sólo puede ser debida al lenguaje quien la posibilita sea cual sea la lengua y sean cuales sean esos factores externos al individuo la configuración de la identidad.